
Diversiones públicas en la ciudad de México, 1920-1940

Eduardo Flores Clair

Estas líneas son un resumen mínimo del gran universo del espectáculo; en la ciudad de México entre 1920 y 1940¹ sólo una "vista panorámica" en la que se describe brevemente la ubicación geográfica y algunas diversiones públicas de la capital. Pensamos que el espacio y tipo de diversión de los capitalinos tenía un significado determinante en los actos de la vida cotidiana y en las manifestaciones culturales de los habitantes de la ciudad.

Durante la época de la revolución los espectáculos en la ciudad disminuyeron y el público se ahuyentó como las "oscuras golondrinas" del célebre poeta. Pero pasados los balazos resurgieron con gran brío las proyecciones de los cinematógrafos, representaciones escénicas, corridas de toros y eventos deportivos. Podemos aventurarnos a decir que los capitalinos —sobrevivientes de la "bola"— querían olvidar las desgracias y penurias; tal vez por ello se mostraban propensos a gozar el desenfreno, fruto de la revolución.

En las calles del primer cuadro se localizaban los coliseos, centros de reunión y esparcimiento de reconocido prestigio ancestral visitados por centenares de habitantes. Pasando lista, el Teatro Principal tenía capacidad para 1302 personas y se dedicaba exclusivamente a las tandas; era considerado como la "Catedral de la Zarzuela"; su fama alcanzaba hasta los más lejanos confines del país y era visita obli-

gada para toda la gente de provincia. Al Esperanza Iris asistían grandes contingentes de las orillas de la ciudad, razón por la cual la compañía del teatro ofrecía tranvías nocturnos con el fin de transportar sin calamidades a su clientela. El Olimpia era muy codiciado por sus amplios salones en los que se efectuaban representaciones teatrales y eventos sociales de medio pelo. El Arbeu y el Virginia Fábregas se distinguían por su "escogida y agradable" clientela. El Colón gozaba de una gran reputación por las representaciones del género frívolo y por ser la residencia de "La Gatita Blanca". El Lírico se dedicaba exclusivamente a las revistas vernáculas o más bien pornográficas; el paisaje se completaba por cantinas, fondas y hoteles. El Hidalgo era preferido por los habitantes de los barrios del sur de la ciudad; en él se hacían representaciones dramáticas clásicas y algunas veces proyecciones del cine. El resto de los teatro eran refugio de las familias de escasos recursos y hombres solos, como por ejemplo: el Ideal, Casino, Apolo, Eslava, Alarcón, Alcázar, México, Garibaldi y el Rialto; este último se hizo célebre porque en él llegó a presentarse la internacional bailarina Ana Pawlova en funciones populares.²

Por supuesto que no podemos olvidar la proliferación de las populares carpas, las cuales ocupaban el territorio limitado por las fronteras de Tepito, Niño Perdido, Bucareli, Garibaldi

y la Viga. Algunos empresarios teatrales se vieron obligados a abandonar sus recintos a causa de las altas rentas y exiguas ganancias, dejando así el campo libre para que los acapararan sus emergentes colegas de la industria cinematográfica. Y de este modo se fomentó el surgimiento de los “teatros de lona” —casi siempre con el nombre de un artista popular— en cuyos escenarios se presentaban desde las zarzuelas más modestas, hasta las obras de más renombre pasando por sketches que rayaban en lo vulgar.

Para dar una idea del auge del espectáculo postrevolucionario podemos decir que entre 1918 y 1925 aparecieron más de 20 teatros nuevos que sumaron sus butacas a los viejos coliseos decimonónicos. Pero poco tiempo después comenzó una tendencia decreciente. Los empresarios, por más atractivos y variados que hacían sus programas, fueron incapaces de retener y aumentar su público; algunos teatros, los más pequeños y débiles, paulatinamente vieron disminuir su clientela hasta fenecer.³

La mayoría de las obras que se presentaban estaban saturadas de un humor picante. De función en función, con ingenio notable, se hacía crítica política; las escenas escabrosas de enredos comprometedores eran contadas de una manera cautivadora; los diálogos atrevidos dejaban deslizar el doble sentido; la inocencia se desprendía y la coquetería directa provocaba un estremecimiento. Durante esta época la frontera de la moral se amplió tumbando los muros del pudor, la vergüenza y las buenas costumbres porfirianas.

Los grandes comediantes (Leopoldo Beristáin, Roberto Soto, Manuel Medel, Joaquín Pardavé, Mario Moreno, Jesús Martínez, etcétera) junto con las divas y coristas más esculturales (Esperanza Iris, Virginia Fábregas, Lupe Vélez, Celia Montalván, Adelina Padilla, Mimi Derba, María Conesa, Mercedes Navarro, Camila Quiroga, etcétera) provocaban cascadas de carcajadas, arrancaban los suspiros más profundos al paladar más exigente y marcaban las pautas de conducta a seguir por toda la sociedad.

Paralelo al teatro frívolo, se creó una línea intelectual, en un principio organizada en torno al teatro Ulises y posteriormente apoyado por la Secretaría de Educación Pública. En 1931 nació el Teatro Orientación, cuyos principales colaboradores fueron Antonieta Rivas Mercado, José Gorostiza, Xavier Villaurrutia, Isabela Corona, Salvador Novo, entre otros.⁴ Años más tarde dicho proyecto tomó forma y se institucionalizó en el seno del Palacio de Bellas Artes. Cabe señalar que los capitalinos habían esperado por tres largas décadas para poder disfrutar de las dos mil localidades de la monumental y costosa obra de remodelación del antiguo teatro nacional.⁵

Antes de terminar la primera tanda, falta decir que el público tenía la oportunidad de presenciar una amplia gama de géneros teatrales: vaudeville, zarzuela, opereta, comedia, revista, burlesque, drama, variedades, etcétera. Además, la tan mencionada y supuesta rivalidad con el cine benefició a los “tandófilos”, pues los empresarios buscaron elevar la calidad de los espectáculos —al mismo tiempo que acortar las faldas y sostenes de las coristas— y mantener la política de tarifas bajas para competir en el mercado del entretenimiento.

Es importante mencionar que estos mismos escenarios o espacios se ocupaban para dar otro tipo de funciones esporádicas, por ejemplo: equilibristas, contorsionistas, pantomima, acróbatas, marionetas, magos, prestidigitadores, cantantes, bailarines, músicos, pulgas amaestradas, etcétera. En su mayoría despertaron gran atracción y algunos de ellos llenaban —noche a noche— los teatros hasta el tope.

Pasando a otro ambiente, en la historia de México el toreo constituye uno de los pilares de las diversiones públicas. La fiesta brava ha acumulado una gran experiencia, goza de una enorme aceptación y tiene una inmensa tradición que abarca desde los primeros años de la conquista⁶ hasta la muerte del sexto toro del domingo pasado.⁷ Los ruedos se extienden a lo largo y ancho del país y conservan la memoria histórica taurina.

En septiembre de 1907 se inauguró “el coso

más grande y mejor del mundo” —para esos años—. En la colonia Condesa, entre las calles de Oaxaca, Durango, Salamanca, Valladolid y Colima se levantaba majestuosamente la plaza de toros “El Toreo”. Las modernas instalaciones —que hasta contaban con enfermería— daban cabida a 23 mil espectadores cómodamente, pero podían apretujarse tres mil más.⁸ Los capitalinos solían asistir a otras placitas de menor importancia, tales como La Lidia de Chapultepec, Vista Alegre de Tlalpan y Mercedes Gómez de Mixcoac.⁹ Los empresarios se disputaban a las grandes figuras (nacionales y españolas), a los toros bravos de las reconocidas ganaderías del país y, por supuesto, al exigente público. La fiesta había vencido la reticencia de virreyes, emperadores, presidentes y regentes; lo vital era llenar los tendidos de “bote en bote”, ver una elegante faena y premiar a los diestros con rabos y orejas.

En los años veinte, Rodolfo Gaona —El Califa— dominaba el ambiente y levantaba de sus asientos al público con cada uno de sus atrevidos lances; junto con él hacían el paseillo, con su traje de luces, El Indio, Rodalito, y “El Meco Silveti”.¹⁰ “El Califa” fue una gran figura y tuvo una actuación notable en España; maestro de diversas suertes de la tauromaquia, su estela tardó mucho tiempo en apagarse. En 1925 se retiró de los ruedos y se convirtió en el mito de la fiesta brava. Años después, en una entrevista, Gaona decía respecto al público: “muchas gente va a la plaza hoy por moda, pero no para ver toros...”¹¹

Las palabras de Gaona evocaban a los viejos aficionados, los cuales se distinguían por su profundo conocimiento, gran constancia e interpretación de la fiesta brava; quizá por ello los asistentes al ruedo exigían que cada corrida tuviera la plasticidad y los colores de un hermoso lienzo. Como es bien sabido, los años del Califa dejaron a una porra gaonera en la plaza del “Toreo”; el grupo solía instalarse a lo largo de la temporada en el “ala izquierda del tendido de sol” y eran “jueces implacables contra los maletas, toros mansos y villamelones”.¹² Para diferenciarse del resto del público, domingo a domingo estrenaban traje, sombrero

y zapatos. En los treinta hubieron de conformarse con al arte excelso de Fermín Espinosa “Armillita”, Pepe Ortiz “El Orfebre Tapatío”, Silverio Pérez “El Faraón de Texcoco”, Luis Castro “El Soldado”, Jesús Solórzano y Alberto Balderas, quien tenía como lema “muerto en el ruedo, antes que hacer el ridículo”.

En los treinta la afición taurina sufrió un notable cambio en sus hábitos; sin asistir a la plaza podía gozar de las emociones, gritar bravos y oles desde la comodidad de su casa. En la estación del radio XEW Alfonso Sordo Noriega transmitía desde el burladero la corrida de toros en su programa “Qué fácil es ver a los toros desde la barrera”.¹³ Pero este programa no desestimuló a la afición; por el contrario, la plaza “El Toreo” se volvió insuficiente para dar cabida a los aficionados. Tiempo después, en 1946, se estrenó la Monumental Plaza México con una capacidad de 50 mil espectadores, más grande que los cosos españoles de Las Ventas y la Maestranza.

Otro medio de distracción de los capitalinos fueron los deportes, principalmente aquellos que llegaron a hacerse profesionales como el béisbol, fútbol, boxeo y otros. No fue fácil crear una afición constante para este tipo de competencias; los empresarios tuvieron que conjugar una serie de factores para hacer atractivos los eventos: grandes inversiones, infraestructura adecuada y excelentes deportistas. Este tipo de diversiones pasaron por un largo periodo de noviciado y su carácter amateur se perdió lentamente. Poco a poco, los empresarios buscaron y encontraron la manera de meterse en el gusto de la gente y retener a un público novato.

“El béisbol mexicano, como los bárbaros, vino del norte” en palabras de Antonio Saborit.¹⁴ El “Rey de los deportes” proliferó en los estados del norte por la influencia de los Estados Unidos. En los veinte se convirtió en un deporte muy popular con numerosos seguidores. Su éxito se extendió a otras ciudades como Veracruz, Tampico y Mérida; la geografía de la pelota caliente desde entonces no ha sufrido grandes modificaciones.

En la ciudad de México, en 1918, se inaugu-

ró el parque Reforma construido en terrenos cercanos al Monumento a la Independencia; el equipo Reforma de Genaro Casas y el Nacional de los hermanos Chambón corrían las bases contra novenas cubanas y norteamericanas. Para 1921 se organizó el Campeonato del Centenario en el parque Unión, edificado en la actual Plaza de la República. Participaron equipos como el Deportivo Internacional (conocido como "las aceitunas", propiedad del maestro Arnaiz), Williams Aguila de Veracruz y Estado Mayor. Ernesto Carmona era el piloto del Williams, que entre otros jugadores tenía a los hermanos Luis y Remigio Pintueles, Juan Negro García, Agapito Lasaga, Avelino Catalá y otros.¹⁶ Por esos años los equipos de segunda fuerza de la Compañía de Luz y Fuerza peloteaban en los alfalfares suburbanos del Río de la Piedad; más tarde estos terrenos se convirtieron en el Parque DELTA (Deportivo de Empleados de Luz, Tranvías y Anexas).¹⁶

En 1925, Ernesto Carmona, el sonorese Homobono Márques y Alejandro Aguilar—Fray Nano— fundaron la "moderna" Liga Mexicana, la cual, contra viento y marea, ha podido mantener sus bases llenas desde entonces. En el parque Unión desfilaron novenas internacionales como Los Rojos de La Habana, Cuban Stars, Bears de San Antonio y Los Marineros de Dallas.

La Liga Mexicana vivió en sus primeros años una etapa semiprofesional; algunos equipos fueron patrocinados por dependencias oficiales o privadas, como el Comintra de Manolo Oliveros, el Agrario de Salvador Teuffer, el Leones de Obras Públicas, el Monte de Piedad de Ernesto Carmona y el Aztecas de Homobono Márquez.

Durante los años treinta y cuarenta, los empresarios beisboleros reforzaron a sus equipos con jugadores de "color" procedentes de Norteamérica y del Caribe con el fin de aumentar la emoción en el diamante, pues en algunas temporadas los espectadores huían de las gradas porque los partidos eran más pesados que lápidas de panteón. Los aficionados se sentían defraudados igualmente por la gran inestabi-

lidad e inconsistencia de los equipos; los mejores jugadores entraban y salían con frecuencia de las novenas. Por si esto fuera poco, a principios de los cuarenta el gobierno estadounidense prohibió la salida de los peloteros norteamericanos por causa de la guerra. La otra sustitución de importaciones blanqueó a los equipos y a las gradas.

Al iniciarse la temporada de 1940 varios clubes decidieron abandonar la Liga Mayor. Los descontentos intentaron formar el circuito de la Liga Invernal, pero fracasaron en su iniciativa, por lo cual, en 1942, volvieron al carril y firmaron un acuerdo con la Liga Mexicana, donde se estableció que esta última controlaría ambas temporadas y a todos los jugadores. El primer episodio de la democracia beisbolera había fracasado.¹⁷

Tiempo después los hermanos Pasquel y Lázaro Penagos invirtieron fuertes capitales con el fin de crear un nuevo rostro al béisbol. La Liga Mexicana adquirió un carácter profesional y los magnates del circuito se piratearon a excelentes peloteros de las Ligas Mayores de los Estados Unidos. Jorge Pasquel—como presidente de la Liga Mexicana— luchó arduamente ante las cortes del vecino país del norte para conseguir el libre tráfico de peloteros.¹⁸ De esta manera se inició la época dorada del béisbol, la cual superó los pleitos internacionales y conectó buenos cuadrangulares.

La historia del balompié no fue muy distinta. En 1990 los obreros ingleses de la Compañía Minera del Real del Monte y Pachuca organizaron el primer equipo, que se llamó Pachuca Athletic Club.¹⁹ El deporte inglés—practicado por los mineros— adquirió popularidad entre inmigrantes franceses, escoceses, alemanes, norteamericanos y españoles; más tarde los deportistas llaneros se interesaron en patear el balón.

Los clubes tuvieron grandes problemas para practicar el balompié pues no existían las canchas adecuadas. "El fútbol llanero—dice Manuel González Ramírez— fue creciendo y dio paso a los campos con tribunas construidas, como el del Asturias, que se hallaba en el Paseo de la Reforma, poco adelante de la estatua

de Cuauhtémoc; el del Club España que fue condicionado al margen del Río Consulado".²⁰ El del América por los sembradíos de Tlalpan. En septiembre de 1930, por el rumbo de La Piedad, se ocuparon por primera vez las gradas del campo "Necaxa", un moderno estadio que tenía capacidad para más de 15 mil espectadores.²¹ En el primer juego se enfrentaron la selección mexicana (que venía de un doloroso fracaso en Uruguay), y el Necaxa; la victoria fue para el anfitrión.

De los llanos de Mixcoac surgió el equipo del pueblo, el Atlante, donde militaron "muchachos briosos que suplían con arrojo su falta de técnica y conquistaban las simpatías populares". Los prietitos del Atlante, orgullo de la ciudad, doblegaron a sus adversarios y fueron campeones de liga en la temporada 1940-41. Además conquistaron la copa y el campeón de campeones en 1941-42.

Los equipos de fútbol, al igual que los de béisbol, apoyaban su rendimiento con jugadores extranjeros, principalmente con sudamericanos y españoles. Para crear una mayor expectación y aumentar el nivel de la competencia, los empresarios organizaban juegos con equipos de otros países. Pero, en muchas ocasiones, estos encuentros resultaban decepciones masivas, pues los extranjeros tenían un nivel más alto y terminaban goleando a los de casa.

La primera contienda a nivel nacional tuvo como marco los festejos de la conmemoración de la consumación de la Independencia en 1921. Participaron los equipos de la capital: Germania, España, Asturias, América, México, Deportivo Internacional, Amicale Française, Luz y Fuerza y Morelos; de la provincia, Sporting de Veracruz, Iberia de Córdoba, A.D.O. de Orizaba, Atlas y Guadalajara, de Jalisco, Pachuca del estado de Hidalgo. El España, para reafirmar la independencia, superó a sus adversarios y resultó vencedor.²²

En 1937 la selección Vasca visita México y este hecho abrió un nuevo camino en el fútbol mexicano. También un año antes, en 1936, se estrenó un sorprendente parque del equipo Asturias en la Calzada de Chabacano, lo cual

resultó un poderoso estímulo para acrecentar la afición.

A pesar de todos los problemas que enfrentó el fútbol, cada día aumentaron los seguidores; en unas cuantas décadas, los empresarios lograron que los estadios fueran insuficientes para atender la demanda de los asiduos concurrentes. Emilio Azcárraga, José Ramón Ballina y Anacaris Peralta propusieron, en 1943, a las autoridades del Distrito Federal, construir un enorme estadio, el cual no llegó a realizarse.²³ Sin embargo, el proyecto fue retomado por el acaudalado Negib Simón, antiguo abo- nero, quien construyó el estadio de la Ciudad de los Deportes, el cual tenía la inmensa capacidad de 60,000 espectadores y abrió sus puertas por primera vez en 1946. Con el paso del tiempo, el fútbol se convirtió en el deporte más popular.²⁴

Sin lugar a dudas el boxeo fue otro pasatiempo de gran arrastre masivo, semillero de grandes glorias y símbolos nacionales de todos los tiempos. La historia se ha repetido en este gremio: deportistas humildes que se encumbran el sábado, acumulan inmensas fortunas el domingo, las derrochan el lunes y pasan al panteón del olvido el martes.

Los fines de semana por la noche, los aficionados capitalinos se arremolinaban en las puertas de las arenas: Nacional, Degollado y Libertad.²⁵ En la arena Nacional se presentaban boxeadores de gran cartel: "Kid" Azteca, "Buldog" González, "Chicho" Cisneros, "Kid" Pancho, Jaime "Chato" Loredó, Rodolfo "Chango" Casanova, Juan Zurita, Joe Conde, Manuel Villa, Chucho Nájera y muchos más. En los otros cuadriláteros las peleas eran de menor categoría y clase, pero el público mostraba mayor interés por asistir a estos encordados porque sabía de antemano que iba a presenciar la contienda de dos machos en medio de una orgía de puñetazos y tenía la confianza de ver correr chorros de sangre.

En los treinta apareció un empresario que hizo historia: Salvador Lutteroth fundó una empresa que controló el boxeo y la lucha libre.²⁶ Lutteroth fue un hábil promotor de estos deportes, no sólo en la capital sino también en

la provincia. En los cuarenta los seguidores habían aumentando, por ello se construyó una arena que rebasó las seis mil localidades: la Coliseo.²⁷

Por esos años, la escasez de buenos boxeadores y peleas de categoría provocó que los empresarios buscaran llenar sus bolsillos con la lucha libre de los jueves y domingos. Enormes hombres de más de cien kilos luchaban por el pan en una especie de teatro feroz. Dichos eventos apasionaron a un crecido número de personas, las llaves, topes, mordidas y piquetes de ojos arrancaban grandes alaridos. “La gente iba a llamar cobarde al villano, arrojaba papeles, cigarrillos y hasta las sillas”. A pesar de la euforia general, el espectáculo de máscara contra cabellera tenía críticos muy duros. Flavio —cronista deportivo de *Revista de Revistas*— afirmaba que “los fenómenos del circo han pasado al entarimado de la lucha libre”.²⁸ Sin tomar en cuenta a los embaucadores comentaristas, el público se desvivía por ver a los rudos contra los técnicos, y más tarde a las bellas, delicadas y femeninas luchadoras.

Los capitalinos también podían gozar de otro tipo de deportes en el Estadio Nacional. Por iniciativa de José Vasconcelos, Secretario de Educación Pública, se construyó un gran emparrillado en los antiguos terrenos del panteón de la Piedad. Y como una paradoja de la historia, en este mismo lugar, años después se edificó el multifamiliar Juárez, que en el pasado temblor de 1985 se convirtió nuevamente en panteón.

El Estadio Nacional fue construido con una moderna estructura de hierro, de la Fundidora Monterrey, rellena con grandes bloques de concreto. Desde el principio, en 1924, el estadio fue blanco de abundantes bromas por su desagradable aspecto. La entrada principal tenía forma de túnel que se hundía; sólo estaba adornado por un sencillo arco y dos monumentales esculturas que representaban *la videncia* y *la voluntad*. Las gradas albergaban 60,000 espectadores, pero ocupando la azotea y parte de la pista, se aumentaban 30,000 lugares más.²⁹

Vasconcelos pretendía que en dicho lugar se practicaran los nuevos deportes al aire libre,

sobre todo el atletismo que estaba tan en boga en los Estados Unidos. “El Estadio Nacional —decía Vasconcelos— será la cuna de las nuevas artes, muy diferentes de las que se cultivan en los teatros urbanos”. Pero en el ambiente siempre quedó la sospecha de que a Vasconcelos realmente le interesaba restarle público a las corridas de toros, por considerar este espectáculo para bárbaros. En cierto sentido el Estadio Nacional se convirtió en un espacio para usos múltiples: deportes, danza, arte coral. No obstante, dicho escenario por lo general se utilizaba para los rituales políticos, es decir, las concentraciones masivas, los actos de gobierno y las ceremonias de protesta de los presidentes.

Aunque también cabe mencionar que el emparrillado, año con año, era la sede del “Orquídea Bowl”,³⁰ hoy en día conocido como “Tazón Azteca”. La selección de México y cualquier escuadra de los Estados Unidos se enfrentaban en un encuentro sin tregua. El deporte de las tacleadas apasionaba a las multitudes estudiantiles —herederos del progreso— sin importar lo abultado del marcador a favor de los norteamericanos; el partido servía como fuerte aliciente para refrendar el sentimiento nacionalista y para deleitarse la pupila con las porristas del Wachachara y las bastoneras gringas.

Por supuesto que en la capital se practicaban un número mayor de deportes, ocupando espacios determinados y manteniendo una clientela elitista, como por ejemplo: frontón, tenis, basketbol, rugby, cricket, charreadas, automovilismo, tiro, natación, deportes hípicas, etcétera.

Creemos que la conducta colectiva de los espectadores es una fuente histórica escasamente explorada. Nos atrevemos a sugerir que existe una cultura del gesto y que tiene mucho que ver con la manera de comunicar determinados comportamientos cotidianos e identidad nacional. Las emociones, ideologías, muecas, ademanes, señas, argot y sentimientos se reproducen rutinariamente en la vida diaria. Por ello pensamos que en el transcurso de estas décadas, el gusto y la pasión (escénica o

deportiva) son indicadores insustituibles de la vida mundana de dicha sociedad, la cual denotaba su estilo de vida, manifestaciones culturales y diferencias de clase dentro de estos espacios cerrados, en donde las fronteras de la vida privada y pública se confundían momentáneamente.

El comportamiento en los espacios públicos construyó un código de urbanidad, el cual creó los mecanismos necesarios para excluir, aprobar, censurar, ovacionar, reprobar y aceptar una amplia gama de comportamientos. En

estos lugares, el espectador solía manifestar un sentimiento dual: juntos pero separados; este acercamiento creó una serie de intercambios y tejió una red de filiaciones clientelares; sin embargo, los lazos de solidaridad solían extinguirse con el último aplauso. En definitiva, le debemos a esa comunicación perversa parte de nuestros deleites terrenales. Es un lugar común decir que el espectáculo está construido con la tela de nuestros deseos, sueños, mitos y fantasías, y que la monotonía se rompe con el mundo de lo imaginario.

Notas

¹ Los cinematógrafos no forman parte de este trabajo.

² "Los teatros en México", en *El Universal*, 1 de enero de 1923.

³ Véase la cartelera en los distintos periódicos; se puede comprobar que muchos teatros se convirtieron en cine o combinaron sus actividades. Entre 1946 y 1949, el teatro tuvo un nuevo resurgimiento: se inauguraron más de 20 espacios escénicos.

⁴ Puede verse Celestino Gorostiza, *Las paradojas del teatro. Discurso de ingreso a la Academia Mexicana de la Lengua*, México, Talleres Gráficos de la Librería Madero, 1960, 59 pp. Salvador Novo, *La vida en México en el periodo presidencial de Lázaro Cárdenas*, México, Empresas Editoriales, 1964, 740 pp. Xavier Villaurrutia, *Obras, poesías, teatro, prosas varias, críticas*, México, Fondo de Cultura Económica, 1966, 1096 pp.

⁵ F. Campos Ponce, "La función inaugural del Palacio de Bellas Artes", en *La Prensa*, 1 de octubre de 1943, pp. 1 y 2.

⁶ Nicolás Rangel, *Historia del toreo en México, época colonial (1529-1821)*, México, Imprenta Manuel León Sánchez, 1924, 380 pp.

⁷ Francisco Lazo, "Caso insólito el de David Silveti: ¡Se le fue un toro vivo y lo aclamaron!", en *Esto*, 18 de febrero de 1991.

⁸ *El Imparcial*, 22 de septiembre de 1907.

⁹ Puede verse Lauro E. Rossell, "Plaza de toros", suplemento dominical de *Excelsior*, 1941-42.

¹⁰ *El Universal*, 1, 7, 14 y 21 de enero de 1923.

¹¹ *Revista de Revistas*, 19 de diciembre de 1937.

¹² *Ibidem*.

¹³ "Programación de radio", *La Prensa*, 17 de enero de 1937.

¹⁴ Antonio Saborit, "El viento y la vela", en *Lecturas*, núm. 19 de *El Nacional*, 5 de agosto de 1989.

¹⁵ Raúl Mendoza, "En el diamante del alarido, las estrellas en 50 años de béisbol", en *Excelsior*, 20 de marzo de 1967.

¹⁶ Después de pasar por varias manos, el Seguro Social se encargó de remodelarlo y el 15 de marzo de 1955 se inauguró teniendo una capacidad para 25 mil espectadores.

¹⁷ Nolasco, "Se solucionó ya el asunto beisbolero...", en *Novedades*, 22 de enero de 1942.

¹⁸ "Ruth of to Mexico as Pasquel Guest", 16 de mayo de 1946, y "Organized baseball a monopoly, Mexicana charge in court action", 17 de mayo de 1946, *Washington Post*.

¹⁹ Archivo de la Compañía Real del Monte y Pachuca, Correspondencia general.

²⁰ *Novedades*, 28 de mayo de 1966.

²¹ "Inauguración del parque del Necaxa", en *La Prensa*, 15 de septiembre de 1930.

²² *El Universal*, 22 de septiembre de 1921.

²³ *Revista de Revistas*, 2 de noviembre de 1943.

²⁴ Hoy en día, cuenta con el recinto más grande del país, el Estadio Azteca o el Coloso de Santa Ursula, el cual puede albergar a más de 100,000 fanáticos.

²⁵ *El Universal*, 7 de enero de 1923.

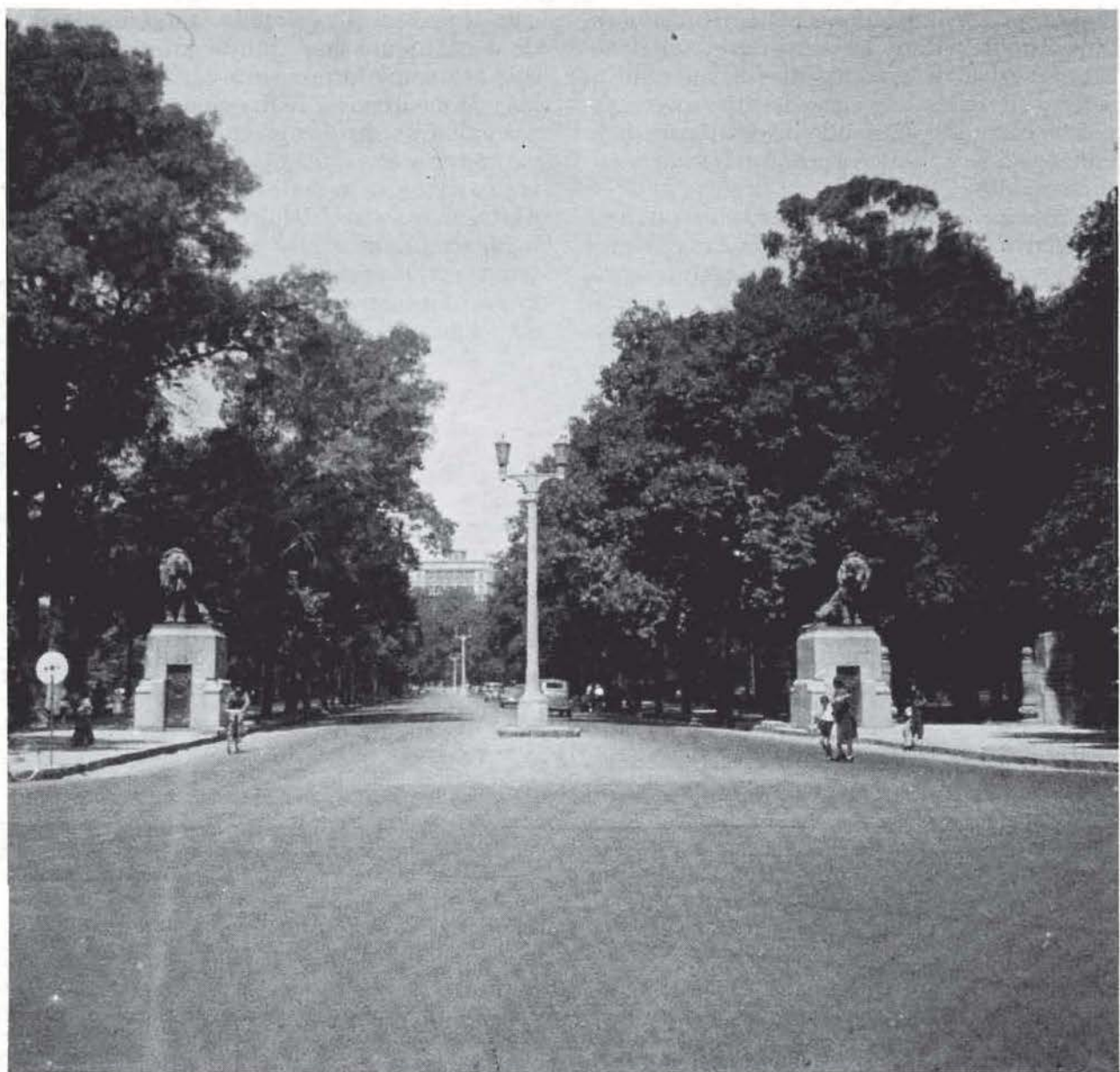
²⁶ Rafael Barradas, *El A.B.C. del boxeo profesional mexicano*, México, Editorial Game, S.A., 125 pp. *El A.B.C. de la lucha libre profesional*, México, Madva Ediciones, S.A., 95 pp.

²⁷ La Coliseo se inauguró el 2 de abril de 1943 y tiene una capacidad de 6,512 localidades.

²⁸ *Revista de Revistas*, 1 de febrero de 1942.

²⁹ *El Universal*, 6 de mayo de 1924; y puede verse al Dr. Atl, "Inauguración del Estadio" en número correspondiente al 8 de mayo de 1924 de ese mismo periódico.

³⁰ Desde los años treinta el presidente Portes Gil dio gran impulso al deporte de las tacleadas. Los equipos estudiantiles se enfrentaban anualmente, para su preparación, con otros equipos norteamericanos. Además, algunos jugadores mexicanos llegaron a participar en el fútbol de los Estados Unidos.



Entrada al Bosque de Chapultepec.